



## *Should we oppose the de-Westernization of the world?*

### *Abstract:*

*The battle at the summit of world geopolitics gains in intensity every day that passes. The crisis resulting from the chaotic withdrawal from Afghanistan is giving rise to global and regional powers taking positions. The question of whether Western values are universal is now a geopolitical issue. Ideas and beliefs are again part of the battlefield.*

*The world that in the last five centuries had been westernizing at the rate of globalization has begun the phase of de-westernization. There is an urgent need of a strategic response to the situation this is producing.*

*The citizens of the West are Universalists, and it is difficult for them to conceive of a world where other value systems are measured with their own. The solution will not be found by rowing against the tide and opposing a historic process that already seems unstoppable.*

*The key will lie in the ability of Western societies to regain self-confidence and become more resilient, mitigating the deep divisions that are occurring within them.*

### *Keywords:*

*Geopolitics, power, values and beliefs, resilience, West, Asia, westernization, de-westernization.*

## Introducción

Como recordaba Felipe Sahagún<sup>1</sup>, hace dos años quisimos dedicar nuestro *Panorama Estratégico* a reflexionar sobre el fenómeno cada vez más evidente de la desoccidentalización del mundo. Aquel año la Conferencia de Seguridad de Múnich tituló su informe *Westlessness* (que se podría traducir por desoccidentalización), lo que hizo que el debate en torno a esta cuestión se intensificara. Ahora, la retirada de Afganistán ha producido numerosos titulares sobre la pérdida de influencia de Occidente sobre el sistema internacional.

Ciertamente, desde hace cinco siglos, en un proceso inicialmente lento, el mundo se había ido globalizando progresivamente por la acción de los imperios europeos y luego también por la de EE. UU. De ese modo, las grandes referencias que articulan la comunidad internacional son de origen europeo: usos como el modo de vestir, conceptos políticos como el Estado, instrumentos de relación como la diplomacia, métodos de conocimiento como la ciencia, medios de desplazamiento como el avión, expresiones artísticas como el cine, el inglés como la *lingua franca*...

En los siglos XIX y XX, la pujanza de las potencias occidentales que terminaron por repartirse el mundo dio lugar a un cierto racismo antropológico —más o menos consciente— que otorgaba al hombre blanco una capacidad y una responsabilidad superiores.

A ello hay que sumar que, desde su origen en la cristiandad medieval europea, Occidente siempre ha sido universalista. No debe pasarse por alto que aquella mitad de Europa era católica que significa «universal».

Tras el abrupto final de la Guerra Fría, se produjo un espejismo que hizo parecer que globalización, occidentalización y modernización eran categorías equivalentes y que la historia marchaba inexorablemente hacia la adopción universal del modelo liberal-democrático de inspiración occidental, a lo que Fukuyama llamó el «fin de la historia».

En muy poco tiempo, la dinámica se ha revertido y ahora somos testigos del proceso contrario y preocupa un futuro donde van a competir potencias que representan modelos

<sup>1</sup> Sahagún, F. *Panorama Estratégico 2020*. IEEE. Introducción, p. 9. Disponible en: [http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama\\_Estrategico\\_2020.pdf](http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/panoramas/Panorama_Estrategico_2020.pdf)

de sociedad muy distintos. Al mismo tiempo, Occidente da señales de crisis interna que debilitan su liderazgo.

Las tensiones en la cumbre de la geopolítica global están en alza. La paz y prosperidad de las futuras generaciones dependerá de los diseños estratégicos que se desarrollen para responder a los nuevos retos. Surge la pregunta: ¿qué debe hacerse frente a la desoccidentalización del mundo?

### Occidente irrumpe en la historia

¿Desde cuándo tiene Occidente un papel preponderante en la historia universal? En el mundo anglosajón prevalece la idea de que la occidentalización del mundo se inicia con la Revolución Industrial que es cuando el PIB de las potencias occidentales supera al de las asiáticas (figura 1). Se trata de un parámetro económico exclusivamente cuantitativo, ya que en 1820 la población de Asia cuadruplicaba a la europea<sup>2</sup>.

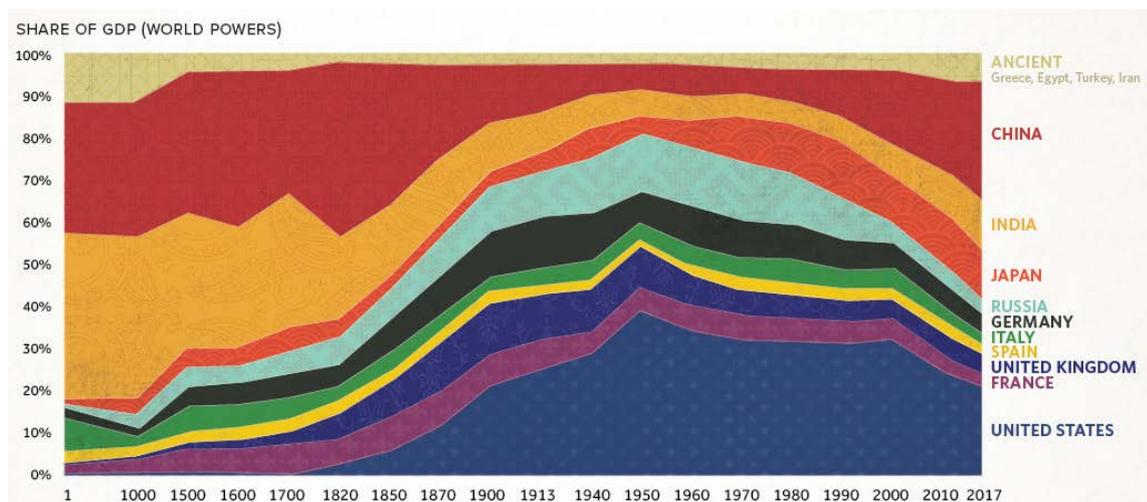


Figura 1. Evolución histórica del PIB. Fuente: *The Atlantic*

No obstante, desde el siglo XVI, gracias al dominio de los grandes océanos y al establecimiento de rutas comerciales a través de ellos, los reinos europeos iniciaron un progresivo proceso de globalización que no solo sacó al continente americano del

<sup>2</sup> Maddison, A. (2003). *The World Economy: Historical Statistics*. Development Center Studies, OECD Publishing. P. 243. Disponible en: <http://piketty.pse.ens.fr/files/Maddison2001Data.pdf>

anonimato, sino que, por primera vez en la historia, puso en contacto directo a las poblaciones de Asia y Europa.

Los pequeños reinos del viejo continente no solo se adelantaron al resto del mundo en innovación gracias a la revolución científica, ocurrida también en el siglo XVI, sino que fueron incorporando a sus dominios cada vez mayores porciones del planeta. Antes de que irrumpiera la Revolución Industrial, los imperios europeos se habían hecho con el control de amplias zonas de la India y habían incorporado a sus esferas de influencia territorios de Asia que, anteriormente, habían ejercido de tributarios del Imperio chino.

China y Japón se resistieron a la influencia occidental, pero, a mediados del siglo XIX, terminaron por claudicar ante las cañoneras británicas y norteamericanas. A partir de entonces toda sociedad que quiso modernizarse, empezando por Japón, lo hizo siguiendo los patrones establecidos por las sociedades europeas.

A lo largo del siglo siguiente, el mundo fue adoptando ideas y usos occidentales. Pero si desde el siglo XVI las sociedades occidentales estaban divididas entre católicos y protestantes, a inicios del XX, la mayor polarización en el modelo social y político se daba entre monarquías absolutas y democracias. Estas últimas estaban claramente lideradas por el mundo anglosajón protestante que se veía a sí mismo como la expresión más genuina de Occidente<sup>3</sup>.

Como consecuencia del fuerte liderazgo ejercido por el mundo anglosajón en el conjunto de las sociedades occidentales, se fue produciendo una cierta asimilación entre la identidad occidental y la anglosajona, de manera que el resto de Occidente ha adoptado en parte su forma de contemplar e interpretar la historia universal. Así, siguiendo una lógica hegeliana, es un lugar común afirmar que para modernizarse las sociedades deben haber pasado por una etapa de reforma como la luterana.

### Reacciones frente a la occidentalización del mundo

En el mundo islámico, la catarsis que se derivó del desmembramiento del Imperio otomano hizo que emergieran corrientes de pensamiento, como los hermanos musulmanes y el salafismo, que rechazaban la imposición de modelos sociales y políticos ajenos a su tradición y cultura. El actual terrorismo radical islámico hunde sus

<sup>3</sup> Ver Ferguson, N. (2011). *Civilization. The West And The Rest*. Allen Lane.

raíces en dicho fenómeno y se ha constituido en una de las grandes fuerzas de oposición a la occidentalización del mundo.

Hasta 1979 con la revolución iraní y la invasión soviética de Afganistán, los movimientos radicales y terroristas dentro de las sociedades islámicas preocupaban poco en las capitales occidentales en cuanto que, más allá del asunto palestino, el problema permanecía esencialmente constreñido dentro de sus fronteras.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las potencias coloniales europeas cedieron el testigo del dominio global a los verdaderos vencedores de la gran contienda: EE. UU. y la Unión Soviética. El mundo quedó así dividido en dos grandes cosmovisiones contrapuestas, la liberal-democrática y la comunista. Occidente cerró filas en la lucha contra la amenaza soviética, lo que hizo que el modelo político y económico de la nación líder, los EE. UU. —una nación que nació con la vocación de ser la ciudad en lo alto de la colina y, por tanto, ejemplo para los demás— se identificara con el legado y los valores de Occidente. La división Este-Oeste de carácter más bien geográfico-estratégico entró en sintonía con la fractura Oriente-Occidente de naturaleza cultural e ideológica.

### La victoria «definitiva» de Occidente

La victoria aplastante del bloque *capitalista* pareció confirmar el amanecer de una era liberal-democrática que, gracias a la globalización, muy favorecida por el espectacular desarrollo de las comunicaciones, extendería por el mundo la prosperidad y las categorías políticas y económicas de las potencias democráticas de Occidente. Subyacía la firme convicción de que los valores democráticos son universales. Ninguna de las otras civilizaciones hace una afirmación tan categórica. Quizá el islam sea el que más se acerque a ella.

En nuestras sociedades tiene gran predicamento la interpretación que considera que «la occidentalización del mundo tiende a fundirse en una agenda global más amplia en la que pierde sus contornos occidentales y en la que necesariamente deben participar actores extraoccidentales e incluso antioccidentales. Este enfoque nos sitúa ante la paradoja de que, en la medida en que los *valores occidentales* triunfan y se universalizan,

dejan de ser propiamente occidentales<sup>4</sup>». El punto débil de este planteamiento es que desde fuera de Occidente pocos lo entienden así.

Inicialmente, tras el desplome de la Unión Soviética, el bloque vencedor, liderado sin oposición por EE. UU., abrió las puertas del club de las democracias a los países del otro lado del telón de acero, pero después del 11S la actitud de acogida y acompañamiento se sustituyó por la de imposición, la seguridad colectiva así lo exigía. Se trataba únicamente de forzar un adelanto del proceso de convergencia hacia el modelo de sociedad libre y abierta al progreso que habría de producirse antes o después. El compromiso con los derechos humanos y la democracia daba legitimidad al intervencionismo en asuntos internos de otros países que esto suponía.

En dicho contexto, se produjo la intervención norteamericana en Afganistán que 20 años después ha vuelto a la casilla de salida.

Pero, anteriormente, también desde el final de la Guerra Fría, Pekín y Moscú se habían asociado para oponerse al orden internacional presidido por Washington que impulsaba la occidentalización del mundo y no daba cabida a las aspiraciones chinas y rusas de participar —al menos en sus pretendidas amplias áreas de influencia— en el concierto de potencias que, desde su punto de vista, debía liderar el orden internacional.

### Los polos de un mismo signo se repelen

Ambas potencias revisionistas, que desconfiaban entre sí más que de los EE. UU., al no encontrar un encaje satisfactorio en el sistema de gobernanza global, optaron por sumar sus fuerzas para socavar el orden hegemónico norteamericano, con un rechazo frontal a su sistema de valores. Las ideas y creencias son poder y quien gana esa batalla se posiciona con gran ventaja en el tablero geopolítico.

Además, tanto la República Popular China como la Federación Rusa son conscientes del enorme atractivo del modelo de vida occidental y de los valores que lo sustentan y ven en ello una amenaza tanto a su integridad territorial como a la estabilidad de sus regímenes políticos.

---

<sup>4</sup> López-Aranda Jagu, R. *El futuro de Occidente en el orden global*. Panorama Estratégico 2020, IEEEE. P. 75.

La historia nos enseña que todo poder dominante termina generando como reacción una coalición que cuestiona su primacía. Era muy difícil pretender que una gran potencia ocupara por mucho tiempo una posición de privilegio tan acentuada sin hacer concesiones a otras potencias con capacidad y voluntad para retarla. Rusia habría aceptado el orden vigente si se le hubiera respetado un rango de primer orden en él, aunque EE. UU. hubiera ejercido de *primus inter pares*. El caso de China es diferente porque en su ascenso habría reclamado cada vez mayores cuotas de poder. Pero el inevitable proceso de transformación del sistema internacional que se deriva de la emergencia de un país de las dimensiones y la personalidad del gigante asiático se habría producido más paulatinamente y con menos fricciones.

Como afirma el embajador Bregolat, «lo que China es, con independencia de lo que haga, es lo que altera la balanza global<sup>5</sup>», oponerse a ello, más aún después de la falta de pudor con que las potencias imperialistas sometieron al orgulloso «Imperio de Centro» equivale a echar más leña en la caldera a presión de la «trampa de Tucídides» en una década en la que, como afirma Kevin Rudd, viviremos peligrosamente<sup>6</sup>.

Aquí no queda la cosa, el panorama geopolítico se complica aún más con una India que reclama a pasos agigantados su posición entre las grandes potencias y la rebelión de las potencias medias, Irán, Turquía, pronto Indonesia, que no reconocen liderazgo alguno ni desean alinearse en función de los intereses y equilibrios de los grandes Estados dominantes.

En resumen: Pekín y Moscú se asocian para oponerse a Washington; Nueva Delhi se acerca a Washington para equilibrar a Pekín; Nueva Delhi y Moscú mantienen una relación cruzada —conforme a su vieja amistad— para dejar claro que no tienen una dependencia estratégica del socio mayor; Teherán y Ankara encuentran amplios espacios para reivindicar su ambición. La geopolítica clásica está en auge.

La crisis de Afganistán, que está donde tiene que estar para jugar un papel clave, se presenta, pues, como la oportunidad perfecta para que cada jugador enseñe sus cartas.

Todo esto ocurre en un contexto donde el centro de gravedad de la actividad humana se está desplazando hacia Asia y, como recuerda Parag Khanna, los asiáticos sienten que

<sup>5</sup> Bregolat, E. (Septiembre/octubre de 2021). *Cuestión de tamaño. Revista de Política Exterior*. N.º 203.

<sup>6</sup> Rudd, K. (Marzo-abril de 2021). *Short of War. How to Keep U.S.-Chinese Confrontation From Ending in Calamity*. Foreign Affairs.

el siglo XXI les pertenece y que sus naciones se autorreferencian y ya no tienen que mirar a Occidente como modelo<sup>7</sup>. El mayor éxito de estas en relación con las occidentales en la lucha contra la COVID-19 únicamente ha venido a reforzar dicha convicción.

El peso del periodo colonial en la conciencia nacional de las naciones que alcanzaron su independencia frente a las potencias imperialistas hace que el deseo de superar la tutela de Occidente venga a reforzar este sentimiento. «Mientras que la Segunda Guerra Mundial es el *nunca más* de Europa, el colonialismo es el *nunca más* del mundo colonizado»<sup>8</sup>.

Así, en muy poco tiempo, se está revirtiendo el proceso de occidentalización del mundo y esto coincide con una visible crisis interna de Occidente que se está manifestando en el estancamiento de la UE, el *brexit*, los diversos populismos, la fractura de la sociedad estadounidense, la falta de fe en las instituciones, el ataque a los símbolos históricos...

La situación general no es halagüeña. Aunque las naciones occidentales hayan aportado al mundo un asombroso progreso material y una especial preocupación por la dignidad humana también han cometido errores y abusado de su posición de privilegio. Todo el que tiene poder, en mayor o menor medida se sirve de él. Está en la naturaleza humana. De ahí la necesidad de crear barreras y equilibrios que lo contengan.

Sin embargo, la alternativa que se nos presenta en este mundo multipolar de transición cada vez más complejo hace presagiar tantos abusos de poder sino más y parece mostrar poco aprecio hacia la libertad humana, fundamento de su dignidad.

### ¿Qué hacer entonces?

Surgen muchas preguntas. Dos de ellas sobresalen sobre las demás:

¿Son los valores democráticos de inspiración occidental verdaderamente universales?

¿Esto los haría obligatorios?

<sup>7</sup> Khanna, P. (2019). *The Future is Asian: Commerce, Conflict and Culture in the 21st Century*. Simon & Schuster.

<sup>8</sup> Aiyar, P. (Septiembre/octubre de 2021). ¿Qué quiere decir Europa cuando habla de valores? *Revista de Política Exterior*. N.º 203.

Si se da una respuesta positiva a la primera cuestión nos vemos obligados a acudir al método socrático del *por qué* sucesivo, buscando la razón última de esta afirmación. Al final aparecen inevitablemente las grandes cuestiones del bien, del mal y de la verdad.

¿Puede el consenso democrático hacer las funciones de la verdad?

¿Puede un consenso, por otra parte, tan necesario para la convivencia, imponerse al que no ha participado en la génesis de dicho acuerdo?

¿Si la democracia ha nacido para acomodar en la misma sociedad a personas con distintas creencias, convicciones y puntos de vista, con el objetivo de convivir de forma pacífica sobre el principio del respeto mutuo, la alternancia en el poder y el gobierno de la mayoría se puede hablar de un sistema de valores único?

¿Puede un sistema de valores no permanente, cuya corriente dominante ha cambiado sensiblemente en las últimas décadas, proclamarse universal?

¿Deben entonces las demás regiones del mundo acomodar sus códigos de conducta para ajustarlos a los procesos que viven las sociedades occidentales?

Cualquier respuesta requiere muchas matizaciones. Pero, sobre todo, debe tenerse en cuenta que, indistintamente de la firmeza de las propias convicciones, afirmar frente al resto del mundo que el sistema de valores creado y extendido por Occidente es universal es un acto de arrogancia moral muy difícil de aceptar por los demás; la supremacía civilizacional que destila resulta hiriente. Todas las culturas del mundo reconocen que sin modestia no hay ejemplaridad posible ni, por tanto, liderazgo moral.

Aunque únicamente fuera por sentido práctico, todo intento de las sociedades occidentales de influir en las demás en defensa de principios que se consideran irrenunciables debe hacerse en adelante con un perfil más bajo y con un respeto creíble hacia las sociedades a las que se desea ayudar. La otra parte tiene que formar parte de la ecuación.

Pallavi Aiyar en la revista de *Política Exterior* nos presenta el punto de vista y la sensibilidad de esta otra parte: «¿Es la promoción europea de sus valores al resto del mundo una extensión moderna de la “carga del hombre blanco”»? El énfasis en los valores «no es útil como base de un intento de liderazgo mundial. Porque si la pretensión

es de liderazgo moral, esa moralidad debe ser reconocida por quienes van a ser supuestamente liderados. Por desgracia, no se da el caso<sup>9</sup>».

La segunda gran pregunta es más sencilla de contestar porque el ser humano tiene derecho a vivir, dentro de unos ciertos límites, conforme a sus propias convicciones, aunque esté equivocado.

¿Cuáles son esos límites?

¿Quién decide si está equivocado?

Estas últimas cuestiones son ya más difíciles de abordar.

Haciendo memoria surge un caso paradigmático en que el imperativo moral exigía una acción inequívoca de la comunidad internacional: el genocidio de Ruanda en 1994. La reacción de las potencias occidentales fue decepcionante. Quizá estemos purgando por ello.

Un sistema internacional tan complejo y peligroso y un conjunto de cuestiones tan sensibles y difíciles de armonizar sugieren prudencia y la adopción de un designio estratégico que se adapte al mundo que se nos viene encima y que ponga el énfasis en vertebrar el sistema internacional desde los consensos posibles, sabiendo que el panorama estratégico está lleno de animosidades recíprocas y que se necesitan mecanismos para hacer resistencia a las imposiciones y defenderse de las amenazas de los otros actores.

El excesivo empeño por imponer los propios valores produce un fenómeno de reacción en sentido opuesto, sobre todo cuando ya no se es el más fuerte. Además, todo parece indicar que el tiempo juega en contra de Occidente. Así, una llamada a crear frentes y alianzas basados en valores es como buscar un atajo navegando por un campo de minas. No se deben dar guerras con gran probabilidad de acabar en derrotas.

El punto débil de las sociedades occidentales son las múltiples divisiones que la fracturan, la pasión por imponer al oponente las propias convicciones y la intensidad de la polarización que esto está produciendo, lo que contrasta con el talante democrático más empático de las décadas pasadas.

---

<sup>9</sup> Aiyar, P. *Op. cit.*

## Conclusión

La historia de Occidente en los últimos cinco siglos, aunque llena de contradicciones, es enormemente sugerente y ha llevado a un proceso de occidentalización del sistema internacional que, tras el final de la Guerra Fría, llegó a parecer definitivo.

Desde sus albores medievales, Occidente siempre ha sido universalista y está en la naturaleza de sus sociedades contemplar el mundo desde dicha perspectiva.

Mientras las potencias occidentales eran las más poderosas, su liderazgo fue aceptado tanto por imposición como por admiración.

Ahora que el poder está mucho más repartido y que una potencia asiática, China, emerge con el potencial de rivalizar con la gran potencia norteamericana por la supremacía global y que el propio continente asiático está dando pruebas de superar a las naciones occidentales en muchos aspectos, se cuestiona el liderazgo de la gran potencia occidental —y con ello de Occidente en su conjunto— y se pone en entredicho la valía universal de su sistema de valores.

La aceptación de un sistema de creencias es un factor multiplicador del poder de la potencia que lo sustenta y los rivales de Occidente, particularmente los Estados revisionistas y el radicalismo islámico, no están dispuestos a hacer concesiones en dicho sentido.

Por otra parte, los Estados asiáticos, cercanos a EE. UU. por razones estratégicas, no van a seguir aceptando la tutela moral de las potencias occidentales que evoca los peores recuerdos del periodo colonial.

Sin duda, el modo de vida occidental tiene una gran capacidad de seducción en las otras sociedades y esto producirá la competencia entre corrientes internas en un sentido y en el otro.

Como tantas veces ha ocurrido, la batalla geopolítica es ahora también una disputa ideológico-filosófica y de creencias que recuerda aquella leyenda situada en la Edad Media en la que el franciscano Guillermo de Ockham, huyendo de la autoridad del papa Juan XXII, se postró en Pisa ante los pies del emperador Luis de Baviera, entonces

excomulgado, y le propuso *Imperator, tu me defendas gladio, ego te defendam calamo* («Emperador, defiéndeme con la espada y yo te defenderé con la pluma»)<sup>10</sup>.

Intentar detener la desoccidentalización del mundo es una tarea quimérica. Ahora se trata de diseñar una estrategia para encontrar el mejor encaje posible en un sistema internacional claramente divergente, de poner el esfuerzo principal en la defensa de la paz, de estar preparados para tiempos convulsos y de promover las propias convicciones con respeto sincero hacia las creencias y sensibilidades ajenas.

Nunca hay que perder la esperanza, pero las naciones occidentales deberían empezar por esforzarse en recuperar la armonía dentro de sus propias fronteras y soldar las múltiples fracturas que las debilitan. La resiliencia va a ser una de las claves de la batalla que acaba de comenzar.

*José Pardo de Santayana\**

Coronel de Artillería DEM  
Coordinador de Investigación del IEEE

---

<sup>10</sup> Valverde, C. (1996). *Génesis, desarrollo y crisis de la modernidad*. BAC. P. 19.